GREGORIO CORROCHANO y RICARDO F. MURRIETA

LAS SUFRAGISTAS

COMEDIA CÓMICA

en dos actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1916

LAS SUFRAGISTAS

COMEDIA CÓMICA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

GREGORIO CORROCHANO y RICARDO F. MURRIETA

Estrenada en el TEATRO PRÍNCIPE ALFONSO la noche del 28 de Noviembre de 1916



MADRID
R Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup
TELÉFONO, NÚMERO 551
1916

Al gran batata Enrique López Alarcón, los batatistas de

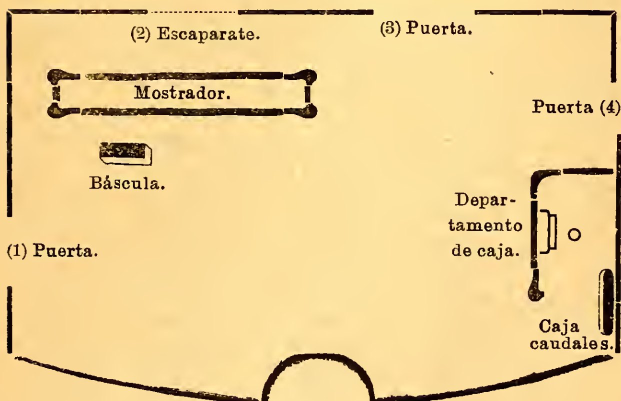
Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARTA	María Gámez.
LUISA	Mercedes Sampedro.
PATROCINIO	Tomasa del Río.
CATALINA	Magdalena Dueñas.
CHULA	María Cañete.
UNA PALETA	Eugenia Vera.
GALLARDO	Francisco Fuentes.
GARRIDO	José de Olózaga.
MARCO	Alfredo Alaiz.
ROQUE	Agustín Povedano.
ALFREDO	Antonio Suárez.
PEPE	Víctor Codina.
INSPECTOR	Mariano Ozores.
PALETO	Agustín Valle.
MARTÍNEZ	Mario Cruz.
LÓPEZ	Manuel Arbó.

ACTO PRIMERO

CROQUIS DE LA DECORACION



Tienda de comestibles, lujosa. A la izquierda una puerta (1) que da a la calle. Al foro izquierda un escaparate (2); ante el escaparate, el mostrador y ante el mostrador una báscula, Al foro derecha puerta (3) que da a otra calle. A la derecha fondo, puerta (4) que da a las habitaciones interiores; en primer término, también derecha, el departamento caja, aislado de la tienda por un compartimiento de madera. Sobre este compartimiento, un ventilador. Derecha e izquierda, las del espectador.

ESCENA PRIMERA

ROQUE y en seguida GARRIDO

(En la tienda Roque, dependiente novato con blusa blanca larga. En el momento de levantarse el telón termina de barrer la acera. Mira cautelosamente a 4; coge un pedazo de queso del mostrador y se lo come, y, en seguida, sale por 4 Joaquín Garrido, dependiente principal, con blusa larga, como el otro. Sale tarareando algo andaluz.)

GAR. Niño, ¿haz barrío ya laz do azera?

ROQUE (Dice que sí con la cabeza.)

GAR. Contezta ya, hijo e mi arma, que pa está en un establesimiento como este, zá mezté zu mijita de idioma. ¿Tentera?

ROQUE (Vuelve a decir que sí con la cabeza.)

GAR. Ahora a limpiá er porvo del interió y dezeguía loz criztale. ¿Han traío er diario?

ROQUE (Dice que no con la cabeza.)

GAR. Poz llégate a la ezquina por e y a vé zi el aire te güerve el habla, ¡Castelá!

(Roque deja la escoba y sale por 1.)

GAR. (Coge un plumero y limpia las estanterías. Al público.) Entavía no mabía yo azentao en una barrera der sinco cuando ze abre la puerta der torí y zale un toro negro con un luná en la teztú. Tiende Rafaé er capote y le atorea por verónica, navarra y farole, que e er delirio. Le pego dos guantá a un morrá que tenía a mi lao por antigallizta y pazamo a banderilla. Pone er carvo un pa de trapesio que e una dislocasión. Le doy otra do guantá a otro morrá del otro lao por llamarle titiritero y pazamo al último tersio. Empiesa Rafaé er carvo con el pase de la muerte. ¡Bien! Zigue confiao y artizta y la gente babea de guzto, ze paza la muleta por la esparda y más babeo; jinca las do roilla en tierra, da un paze ayuao magistrá, y arremata con las do mano cogía a lo do pitone. Le arreo tre guantá a uno que tenía a mi ezparda por no pedí la oreja, y, de repente, Rafaé, que no ze lo que ha vizto en er toro, tira loz

avío y ze tira de cabeza ar callejón elante e mí; ma arrojo yo pa que no ze laztime y me doy un cabezazo con la mezilla de noche y me dezpierto. ¡Zeñore, qué zueño! ¿Me irá á tocá la lotería que he zoñao con un toro negro con un luná en er teztú?

ROQUE. Tenga osté el diario, que no sé para qué lo quiere, porque nunca lo lee.

GAR. Hombre, qué oradó. ¿Vé tú? Aire era lo que necezitaba. ¿Me irá a rezurtá un cornetín?

ROQUE (Coge otra vez el plumero y limpia él polvo a una gran lata, en la que se lee por las cuatro caras «thé.»)

GAR. (Que ha ojeado el periódico, se para al fin ante una noticia y se ríe.) Ven acá, Roque. Jozú qué gracioza. Viva la mare... ¿Zerán gracioza?

ROQUE (Con la lata.) ¿Qué quiere usté?

GAR. Azcucha, home; azcucha, que ezto e lo má graciozo y lo má heróico que yo he leío en mi vía.

ROQUE (A su lado.) ¿Qué es ello?

GAR. (Leyendo.) «Mitin sufragista. Antiayé noche fué puezta en libertá la generala de la zufragita miz Jachis. (Como si estornudara.)

ROQUE ¡Jesús!

GAR. Niño, que é un nombre inglé. (Sigue leyendo.) «Porque z'abia empeñao en no comé y eztaba dezfallecía por llevá cuatro día zin probá bocao.» (A Roque.) Naturá, me pazo yo un día a leche y me queo con laz pierna corgando. (Tembleques un poco las piernas. Sigue leyendo.) «A la puerta de la prizión la ezperaban máz de cuatro mir compañera, cada una con zu vianda. Apena piza la calle, le dan una ovasión, y aluego, entre un silensio sepulcrá, se oye la vo apagada de la generala que manda *ar Gobierno siví*, se opone un polisía y ella lucha con é y le da un bocao en una oreja, dejándole corgando er pabellón.»

ROQUE ¡Eso es el hambre que tenía.

GAR. (Entusiasmado.) Hambre y coraje. (Gritando.) ¡Viva tu mare, londinenze! (Roque da un respingo y se le vierte el té.)

ROQUE Que me hace usté tirar el té, señor Garrido.

GAR. Er té y er café y er chocolate tiro yo cuando me jace gracia una coza. (Todo esto alto y entusiasmado.)

ESCENA II

DICHOS y LUISA

LUISA (Entra por 4. Es la mujer del dueño; habla exaltándose por momentos y siempre en tono de riña.) ¿Qué escándalo es este?

GAR. (A Roque.) Tapa er té, tapa er té. (Roque lo oculta, interponiéndose entre el té y Luisa, agachándose hasta dar con la blusa en el suelo y girando convenientemente.) Una zufragista, doña Luiza e mi arma. Una zufragizta que le ha mordío a un Guardia.

LUISA ¿Y eso es motivo para este escándalo en la tienda?

GAR. Es que...

LUISA Es que nada. Es que no quiero que vuelva a suceder. Un encargado de una tienda haciendo aspavientos porque una sufragista ha dado un bocado a un guardia, será muy alimenticio, pero es poco comercial. (A Roque) Y tú, ¿qué haces ahí, pasmao?

(Roque da un respingo y deja el té al descubierto.)

GAR. (Aparte.) Le ha cortao er terreno ar niño.

LUISA ¿Qué es eso que hay en el suelo?

GAR. Ez té.

ROQUE ¿Y quién lo ha vertido?

GAR. Ezte. (Por Roque.)

ROQUE Pero no crea usté que ha sido a mal hacer..

LUISA (Yendo furiosa hacia él.) Ya, ya. Y terminarás por echar la tienda por el escaparate. (Resbala.) ¡Cáscaras! (Coge algo del suelo.) Pero oye, rico, ¿cuándo vas a terminar de comerte el queso?

GAR. (Recogiendo el té con un cogedor y una escobilla Aparte.) ¿No lo dige? ¡A que lo vortea!

ROQUE No, señora. Si no lo he probao.

LUISA ¿Y esta corteza, monín?

ROQUE (Confiado.) Anda, si yo me lo como con coteza y tóo.

LUISA Claro. Para qué vas a perder el tiempo, ¿verdad? Pues ten cuidado no se te vaya a indigestar.

ROQUE — Ca, no señora. Si tengo un estómago que lo aguanta tóo.

LUISA — (Indignada.) La que no aguanta más soy yo, alcornoque. Arza a barrer y a fregar todo bien, y a dejarlo más limpio que un espejo. (Mientras habla pasa el dedo por distintos sitios y lo mira luego) que si me vuelve a pasar lo que ayer os planto a los dos en la calle.

GAR. — Poz zi ayé dejé yo tóo máz limpio que deja er rueo un toro abanto.

LUISA — Sí, sí, limpiaría usted, pero, yo pasé el dedo por el mostrador y me manché la yema de huevo. (Le coge el plumero y limpia deprisa.) Así, así, que si andas con esa calma no acabas nunca.

CAT. — (Criada. Desde dentro.) Señora.

LUISA — Voy. (A Roque.) ¿Entiendes? Así. Y esa escalera fuera de ahí. Y esos cestos a la cueva, y esos cristales bien limpios; vamos, pronto. (A Garrido que salta desde el primer escalón de la escalera para dar a Roque un bote de pimientos.) y tú no des más botes. ¡Ay, qué ganas tengo de perderos de vista. (Entrase por 4.)

(Roque intenta hacer las cosas que le manda su ama a medida que se las manda, y, naturalmente, no hace nada.)

ESCENA III

ROQUE, GARRIDO, en seguida MARCO, y GALLARDO cuando se indique

ROQUE — Es un ciclón.

GAR. — ¿Un ciclón, na má? Ya, ya te irá jasiendo.

MARCO — (Dueño de la tienda. Sale por 4.) Hola.

GAR. — Bueno día, don Marco.

MARCO — ¿Ha venido alguien?

GAR. — Ha venío uno preguntando por ozté.

MARCO — ¿No dijo lo que quería?

GAR. — Venía a tratá sobre lo der anuncio. Ha dicho que gorverá.

MARCO — ¿Qué tal el chico nuevo?

GAR. — Zu mijita torpón, pero voluntariozo.

MARCO — (Sentándose en el departamento caja.) Tráeme unas

rajillas de salchichón y unas patatas, que estoy en ayunas.

GAR. Dezeguía. (Vase dentro.)

(Entra por 1 un hombre raídamente vestido, algo jorobado, con un «A B C» en la mano. En el lado derecho de la americana tiene lo que se llama «un siete» colgándole la tela.)

GALL. ¿Está ya don Marco (Consulta el «A B C.») Malo? (Se lo pregunta a Roque.)

ROQUE Sí, señor. Don Marco, aquí le busca un... un... (El chico le mira y duda al calificarle,)

GALL. (Anticipándose.) Un caballero, niño, un caballero.

MARCO (Saliendo de la caja.) ¿Qué desea usted?

GALL. ¿Es usted don Marco...? (Lee de nuevo.)

MARCO Sí, señor, Malo.

GARL. Por muchos años; (Cortesía.) bien, ¿verdad?

MARCO ¿Cómo?

GALL. De salud...

MERCO ¡Ah, sí! Bien, muchas gracias.

GALL. La pregunta en puridad huelga u holga, porque el aspecto pregona salubridad a todo evento. La familia, ¿salubre también?

MARCO También, sí, señor. Usted me dirá a qué debo...

GALL. Usted no debe nada, señor mío; yo soy el que debe y mucho, al tener el honor de dirigirme a usted. Tal vez usted no recuerde...

MARCO No, no hago memoria.

GALL. Disculpado, disculpado. Yo soy el servidor, el fiel servidor por quien usted clama desde hace veinticuatro horas.

MARCO Perdone, debe usted estar confundido. Yo no...

GELL. ¿Usted es el señor Malo? (Marco afirma con la cabeza.) Bueno, pues entonces no estoy confundido, aunque me confunde su amable acogida. No sé si le estoy a usted confundiendo.

MARCO No, no.

GALL. Usted clama desde la poderosa prensa por mí. (Muestra el periódico.)

GAR. (Dejando un plato con salchichón en rajas y patatas fritas sobre la caja.) Este e er zeñó de ante.

MARCO ¡Ah, vamos! El anuncio.

GALL. El anuncio, efectivamente, respetable y querido señor mío.

MARCO Pues yo lo que realmente necesito es un hombre honrado y trabajador, mayor de veintitrés años, para que tenga responsabilidad legal, y juicioso y decente.

GALL. En cuanto a edad puedo ofrecerle a usted doble garantía. (Confidencial.) Yo he cumplido, por triste privilegio de los años, dos veces los veintitrés. Por lo que respecta a juicio, en el juzgado de la Latina pueden informar a usted. Me conocen bien. En lo que atañe a la decencia... moral, estoy a cubierto de la maledicencia más viperina; de decencia... material, ya no estoy tan a cubierto. (Oculta con la mano un siete visible.) ¿Trabajador?, ¿a qué encarecerle a usted mi amor al trabajo? Usted lo comprobará cumplidamente si tengo la honra de quedarme, como espero y confío, a sus servicios. (Cortesía.)

MARCO Perfectamente. ¿Y en qué sitios ha trabajado usted?

GALL. En múltiples y variados, espléndido señor mío, por impulso de mi caracter movedizo. Ultimamente en una librería y en un taller de plancha.

MARCO ¿Con qué misión, la de llevar los libros?

GALL. Sí, señor. (Aparte.) En un lado me llevaba los libros y en el otro me llevaba las camisas.

MARCO ¿Qué libros llevaba usted?

GALL. Todos. A mí me da lo mismo cualquiera.

MARCO ¿Ha llevado usted el mayor?

GALL. Sí, señor. El mayor que había. (Aparte.) Un diccionario enciclopédico de veinte volúmenes.

MARCO ¿Y el diario, también?

GALL. También, sí, señor. (Aparte.) De diarios me llevaba el *A B C*.

MARCO ¿Cómo se llama usted?

GALL. Pepe, Pepito.

MARCO Pepe, ¿qué?

GALL. Gallardo, aunque me esté mal el decirlo.

MARCO ¿Tiene usted alguna carrera?

GALL. A medias. De adolescente quise estudiar derecho, pero en vista de que no podía ser lo-

dejé y aquí me tiene usted ligeramente ondulado.

MARCO ¿Es usted hábil?

GALL. Superlativamente hábil. Servidor posee entre otras habilidades una letra inglesa legítima londinense y una agilidad en los dedos para tocar la bandurria que tornasola.

MARCO ¿De modo que no es solo la letra?

GALL. No, señor. A Pepe Gallardo le quita usted la letra y le queda la música.

MARCO Bien, bien... Vamos a probar.

GALL. (Coge al descuido una raja de salchichón del plato que hay en la caja y al que ya ha echado apetitosas miradas y se la come.) Vamos a probar.

MARCO Siéntese usted. (Gallardo se sienta a la Caja.)

GALL. (En tanto Marco está de espaldas.) Suculento y apetitoso tente en pie. (Se levanta, coge una patata y se la come)

MARCO Siéntese. (Gallardo se sienta.) Escriba usted en una factura lo que voy a dictarle. (Le dicta paseando de uno a otro lado.) Dos partidas de salchichón, coma.

GALL. ¿Ha dicho usted una o dos?

MARCO Dos, dos.

GALL. Es que me había comido una. (Aparte.) Nada más.

MARCO A cien pesetas partida, coma (Gallardo come,) doscientas pesetas.

GALL. Ya está.

MARCO Diez sacas, coma (Come.) patatas, coma (Come.) a diez pesetas saca, coma. (Come apresuradamente.) ¿Qué saca usted?

GALL. (Con la boca llena.) Yo saco... a cuarenta reales saco... diez sacos.

MARCO Vamos, que se le han atragantado a usted las patatas.

GALL. Sí, señor. (Bebe; aparte.) Pero ya han pasado. (Alto.) Pues a diez pesetas saco, saco cien pesetas.

MARCO Muy bien, cien pesetas. ¿A ver? (Repasa la factura.) Está bien. Pues con esta letra, sus conocimientos y lo que puede usted asimilar...

GALL. Descuide usted, para asimilar soy un específico.

MARCO De cuentas también estará usted...

GALL. ¡Oh! de cuentas. Contar... empiezo y no aca-

bo. De cuentas le bato el record a Newton. Profeso con gran maestría hasta las cantidades imaginarias.

MARCO ¿Eso qué es?

GALL. ¡Oh, cantidades imaginarias! Denomínanse cantidades imaginarias las incluídas en facturas incobrables para todo el mundo menos para este humilde servidor de usted.

MARCO ¿De veras tiene usted esa habilidad?

GALL. Yo he fundado... ¿Un imperdible?

MARCO ¿Cómo?

GALL. Que me haga usted la merced de un imperdible o de un similar suyo.

MARCO Tenga usted un alfiler. (Que llevará en la solapa.)

GALL. Perfectamente. (Cortesía. Se prende el siete que le venía dando guerra desde que entró.) Yo he fundado una Sociedad denominada: «La que cobra lo que no se puede cobrar.» ¡Qué paradoja y qué palizas me valió! Yo era el cobrador de la Sociedad. Mi misión era sencillísima. Consistía en perseguir al deudor en todos los lugares y presentarle la factura. La misión del deudor era siempre la misma, como si todos se hubiesen puesto de acuerdo: primero disculpas, repulsas después, luego colisión, con o sin equimosis, y finalmente juicio. Yo llevaba el cincuenta por ciento en la comisión de lo cobrado, y el ciento por ciento en lo zurrado. Una última factura me costo una fractura y me jubilé.

MARCO Algunas facturas tengo yo de esas.

GALL. Pues a sus órdenes. (Cortesía.)

MARCO ¿De verdad se atreve usted?

GALL. Venga la comisión, digo, vengan las facturas.

MARCO (Saca unas facturas de la caja.) Ahí van; si consigue usted cobrarlas puede jactarse de ello.

GALL. Me jarto, sí, señor, me jarto, (Restregándoselas por la joroba.) y si no al tiempo.

MARCO Pues acepto sus servicios condicionalmente, puesto que no conozco sus aptitudes, y a fin de mes fijaremos sueldo.

GALL. Desde ahora le digo que por el sueldo no

reñiremos; ni soy un gran ambicioso ni un gran exigente. ¿Qué soy? Un gran luchador del campeonato por la vida que ni siquiera aspira al premio; me da lo mismo una copa más que una copa menos.

MARCO Pues nada, a trabajar desde este momento.

GALL. A trabajar, sí, señor, y apunte usted la efemérides gloriosa de este día fausto. (Coge unas pastas de una caja que hay a su alcance, come una y guarda las otras en un libro de los que hay en su pupitre.) Hombre, pastas de almendra, con lo que a mí me gustan; buena vecindad voy a tener.

ESCENA IV

DICHOS y PATROCINIO

PAT. (Entra por 1.) Buenos días. ¿Tienen judías baratas?

MARCO Las hay de varios precios, señora: Garrido, saque y que vea.

PAT Las quiero muy baratas, muy baratas.

GALL. (Amontonando precipitadamente libros y cosas en el pupitre para que le sirvan de parapeto.) Una de mis patronas. ¿Tendré mala pierna? Verme esa mujer, armarme un escándalo por lo que la adeudo y perder la colocación, es un caso de simultaneidad.

PAT. Sírvame usted bien, que tengo casa de huéspedes y soy buena parroquiana.

GAR. (Con dos muestras en dos cogedores.) Eztaz zon a pezeta y eztas a ochenta. Manteca pura.

PAT. A ochenta y manteca, no me convienen. Las quiero más baratas.

GAR. A menoz no laz encuentra uzté en ningún zitio a no zé que eztén apoliyá.

PAT. Esas son las que quiero, las que tienen bichitos por dentro, que si se las da usted a los huéspedes mantecosas, con los hambrones que son, se hinchan.

GALL. Maldita sea tu estampa. Ahora me explico por qué tuve la solitaria.

MARCO (A Gallardo.) Venga usted que le enseñe el manejo de la báscula. (Gallardo saca la mano y

hace signos de que no sale.) Deje usted los libros un momento y venga. (Gallardo insiste en los signos negativos. Marco se acerca.) Pero hombre de Dios...

GALL. (Interrumpiéndole y a media voz.) ¿Cree usted que yo no saldría con mucho gusto si pudiera? Pues ya lo creo. Pero mi sitio es siempre el de peligro. Yo le sirvo a usted mejor aquí, que ahí.

MARCO ¿Qué pasa?

GALL. Pasa... que esa mujer es una ladrona.

MARCO Una patrona.

GALL. Una ladrona. Ese modo de mirar hacia aquí, hacia la caja; esa manera de presentarse; ese afán de distraer al dependiente, confirma mis sospechas. Esa mujer es una mechera. Fíjese usted, hasta el peinado es peinado de mechera.

(La mujer va muy despeinada y la cuelgan algunos mechones de pelo.)

MARCO ¿Será posible?

GALL. Póngase junto a ella y no la deje acercarse aquí con ningún pretexto. Yo oculto, muy oculto, para que no sospeche que la observo, vigilaré.

PAT. Estos orejones no me gustan; están muy blandos.

MARCO Tiene razón Gallardo; no la gusta nada. (A Patro.) Esos géneros baratos que usted busca los encontrará ahí enfrente; aquí todo es caro.

PAT. (Acercándose a la Caja.) ¿Es bonito? (Señalando unas latas.)

GAR. Lo de arriba sí, lo de abajo no.

MARCO ¿Se habrá guardado algo? Voy a cercicrarme. (Ella se acerca más a la Caja; Gallardo al verla venir hace locuras por ocultarse y Marco la corta el paso y la toca.)

GALL. Que se acerca, que se acerca; caliente, caliente.

PAT. ¡Pues no me está tocando este tío!

MARCO Le acabo de tocar una cosa que no sé si es suya o del establecimiento. (Hace señas a Garrido de que tenga mucho ojo con aquella mujer.)

GAR. Ya, ya me he fijao. También el amo ha reparao en que ezta mujé tié loz ojo bonito.

MARCO (A Gallardo.) Salga usted, que cuanta más gente vea mejor. Con usted ya no se atreverá.

GALL. Sí se atreve; conmigo sí se atreve. Lo mejor es que la eche usted en seguida, pues aunque no la he perdido de vista, me parece distinguirla ciertos bultos.

MARCO Voy a tocarla otra vez.

GALL. Bueno; la bofetá va a ser de las que dejan señal vitalicia.

MARCO (Vuelve a hacer señales a Garrido de que se fije en ella.)

GAR. Ya, ya he reparao; camará con el amo, nunca le he vizto azín de colao por una gachí.

PAT. Pues en vista de que no me puedo llevar nada, me marcho. Que ustedes lo pasen bien. Ya volveré más despacio. (Vase.)

GAR. Vaya ozté con Dió.

ESCENA V

DICHOS, menos PATROCINIO

MARCO De buena nos hemos librado.

GALL. (Saliendo de la Caja.) ¿Ha visto usted cómo ha confesado que se marchaba porque no se podía llevar nada?

MARCO Así ha sido.

GALL. Si no es por mí... ¡ah! pero mientras esté yo en su casa no hay miedo. (De repente hace una mueca de miedo y trata de ocultarse en la Caja.) Caray, creí que volvía. No hay miedo, que tengo yo dos ojos que son dos policías.

MARCO Satisfechísimo... Empieza usted prestándome un servicio que no olvidaré el día de la recompensa.

GALL. Señor, gran señor, honradísimo.

MARCO Garrido, vamos, al almacén. (A Gallardo.) Se queda usted solo; si entra alguien da una voz.

ESCENA VI

GALLARDO, luego PATROCINIO

GALL. Puede ausentarse con toda confianza. (Se van por 4 Marco y Garrido.) A ver si es hora de que pueda yo ingerir la cena de anoche. (Buscando por la estantería. PATRO ve a Gallardo por el escaparate y entra por 8 sin que la vea Gallardo. Este, al volverse y verla, retrocede asustado.) ¡Usted! ¡Aquí! ¡A qué! (Reaccionando y yéndose a ella con la misma velocidad que retrocedió.) ¿A que debo el gusto de verla por aquí? ¡Doña Patro! ¡Qué agradable sorpresa!

PAT. Basta de farsa; hablemos. (Muy incomodada.)

GALL. Ya lo creo que hablaremos. Caray con doña Patro. (Familiar Ella intenta hablar y él no la deja.) ¿Y las niñas? Seguirán tan guapas. Encarnita seguirá tan rubia, tan alta, tan... Ennita como siempre. (Hace señales de morbidez.) ¿Y Blanca? Seguirá tan morena; con aquellos ojazos. ¿Y Luisa? Qué muchacha aquella; cuidado que hacía bien el té, ¡oh! y cómo me gustaba tomar el té con Luisa, ¡qué bien me sentaba! Y la criada, ¿sigue la misma? Aquella bajita, regordeta, con obstáculos por todas partes. (Riendo) ¡Ja, ja! ¿Se acuerda usted, doña Patro, cuando creímos que andaba en malos pasos porque abultaba más de lo conveniente y luego resultó que era que se ponía el corsé al revés? ¡Ja, ja! (Riendo.) ¡Qué casa aquella! ¿Cómo olvidarla? ¿Y don Patricio? ¿y aquel famoso don Paco? ¿y el gato? ¿y el perro? ¿y el loro? (Aparte.) Se me acabó la gasolina.

(Durante todo el parlamento, Patrocinio ha intentado interrumpirle varias veces sin conseguirlo.)

PAT. ¿Y Gallardo? ¿Y el sinvergüenza de Gallardo, (Gesto de asombro de Gallardo.) que se pasaba la vida ofreciendo el oro y el moro y no pagaba nunca? ¿Y aquel Gallardo que tenía que servirse el último, porque cuando cogía una fuente por delante no comían los

que venían detrás? ¿Y aquel Gallardo que empeñaba la ropa de los demás huéspedes? ¿Y aquel?...

GALL. (Interrumpiendo.) Basta, señora, basta de diatribas que me ponen la carne de ave de corral. Aquel Gallardo calavera no soy yo. Aquel Gallardo de sus recuerdos es un Gallardo difunto... Hoy...

PAT. Hablemos por última vez.

GALL. De ningún modo. Si ha de ser por última vez renuncio a la palabra.

PAT. Pues hablaré yo.

GALL. Eso tampoco. Hablaré yo; pero antes siéntese, que con la emoción se me olvidó ofrecerla asiento. Siéntese y escúcheme que no la pesará. Tome usted asiento en cualquier parte, (Buscando una silla y sin encontrarla.) aunque sea en la báscula, que no la pesará.

PAT. ¿Cuánto tiempo ustuvo usted en mi casa?

GALL. ¡Oh, cualquiera se acuerda! Era aquello tan agradable.

PAT. Pues yo se lo diré a usted. Dos años. Dos años de vivir sin pagar. Dos años de embustes y mentiras. ¿No le remuerde a usted la conciencia haber quitado dos años a una mujer?

GALL. (Interrumpe.) Eso es una galantería.

PAT. Eso es una granujada. Además se ha estado usted burlando de mí constantemente. La última vez que nos vimos me dijo que me pagaría en seguida.

GALL. Tiene usted razón, pero esto se acabó.

PAT. ¿Un nuevo engaño?

GALL. Le juro a usted que no. Esto, como usted ve, es jauja. Pues yo estoy en Jauja. Tráigame usted mensualmente una nota de los comestibles que necesite y yo le pago a usted en géneros.

PAT Conforme. Le doy a usted un plazo de veinticuatro horas. Si mañana no me envía usted el pedido me cobro en tiras de pellejo. Hasta mañana.

GALL. ¿No puede usted alargar un poco el plazo?

PAT. (En la puerta 3.) Ni una hora más. Hasta mañana.

ESCENA VII

GALLARDO, luego LUISA, MARCO, GARRIDO y ROQUE

GALL. Triste destino este de vivir al día. Pero, completémosle, que del día de ayer me falta la cena. (Coge un chorizo y se va a la Caja dando bocados.)

LUISA (En la puerta 4.) Marco, nos vamos ya. (Sale.)

GALL. Esta debe ser la señora. (Se guarda el chorizo en el bolsillo.)

MARCO Sí, vámonos, que estoy muy impaciente. (Sale, detrás Garrido y Roque.)

LUISA (Mirando a la Caja.) ¿Es este el hombre? (Esta lleva un gran doblez en la falda.)

MARCO Sí.

LUISA ¿Y dices que es listo?
(Gallardo come una galleta de las que dejó en el libro)

MARCO ¿Listo? Es el hambre. Verás. (Llamando.) Gallardo.

GALL. (Con la boca llena.) Voy.

MARCO Es muy fino y muy decidor.

GALL. (Inclinándose.) Señora mía.

LUISA Levántese, levántese.

GALL. No puedo. (Aparte.) Hasta que degluta no me yergo... (Alto.) No puedo alzarme sin hacer desaparecer de ese vestido un fraile, que, orondo, campea a su antojo. (Lo quita y se levanta haciendo un gesto grotesco de tragar al erguirse.)

LUISA Gracias. (CATALINA, criada, con un delantal blanco que le da vuelta por detrás, sale manoteando con GARRIDO.) ¿Es usted muy trabajador?

GALL. ¡Oh, señora mía! Servidor para el trabajo es lo que un tranvía de Cuatro Caminos para el recorrido, rápido y económico.

LUISA Ya lo veremos. En mi casa todo el mundo ha de trabajar mucho y bien. (Se oye dentro un timbre.) Catalina, vé a abrir, y ya sabes que no quiero verte por aquí. (A Garrido.) Usted, Garrido, más le valiera estar arreglando el mostrador. (A Roque.) Tú, chico, a limpiar los cristales. (A Marco) Y tú, hom-

bre, que los ves ociosos y no dices nada. ¡Huum! (Gesto de aburrimiento. La señora, que empezó dando la vuelta por un lado, termina por el otro, es decir, da la vuelta completa.)

GALL. (Aparte.) Caray, marea más que una escalera de caracol.

LUISA Hay que tener los libros al día, y sobre todo dos, el mayor y el...

GALL. (Interrumpe.) Sí, sí, ¡éste en rústica!

LUISA No, señor, el que tiene pastas.

GALL. (Sorprendido, mirando al libro en que ocultó las gálletas. Aparte.) Esta señora tiene por ojos dos rayos X. (Alto.) Pues nada, esté usted completamente descuidada que irán al día. Y ahora que reparo, ¿va usted, lo que en el argot mundano se llama, «de compras»?

MARCO ¡Ca! Vamos a esperar a nuestra hija.

GALL. ¿Tiene usted una hija ausente?

MARCO Sí; tenemos una hija que lleva cinco años en Londres educándose a la inglesa.

GALL. ¡Oh, hermosa educación la inglesa! ¡Qué independencia! ¡Qué...!

LUISA ¿Usted se ha educado en Inglaterra?

GATI. No, mi respetable señora. Pero he pasado mi vida entre ingleses. Ya... ya conocerá usted a alguno que otro. ¡Una hija educada a la inglesa! ¡A la inglesa!

MARCO ¡Y qué ganas tenemos de verla! ¡Cinco años hace que se marchó! ¡Si me parece que no la voy a conocer!

GALL. Eso creo yo también, que no la voy a conocer.

LUISA Hija de mi vida.

MARCO Tan prudendita, tan amable con todos, con Garrido, con Catalina, con todos, tan modosita. (Se enternecen los esposos.) Me parece estarla viendo llegar echa una mister. (Hipea el matrimonio.)

LUISA (Apoyada en el hombro de Marco.) ¡Ay Marco, Marco!

GALL. (Imitándoles y limpiándose con el faldón de lo que vista.) ¡Qué cuadro, pobre Marco!

LUISA Dicen que viene a la última.

MARCO Como yo encargué cuando se marchó, que ya conoces mis teorías. La mujer de su casa no sólo ha de saber labores y piano, sino...

GALL. Esa, esa, es la misión de la mujer moderna, de la mujer educada, de la mujer casera, de la mujer, en una palabra. Y ha de saber, como ha dicho usted con un conocimiento del sexo que le honra, guisar, coser, planchar, fregar, lavar, zurcir, bordar. (Todo esto muy deprisa. Aparte.) Caray, parezco un tren de mercancías.

ESCENA VIII

DICHOS y CATALINA

CAT. (Llegando hasta ellos.) Señora, el carbonero.

LUISA Y dale. Ya te he dicho que lo que tengas que decir lo digas por el tubo acústico y que no quiero verte en la tienda. Ya se le pagará otro día.

(Al volverse la criada se le verán las señales de dos manos negras plantadas por detras en el delantal.)

CAT. Está bien. (Vase por 4.)

ESCENA IX

DICHOS menos CATALINA

GALL. (Aparte.) La criadita es un vermouth y el carbonero es un ansioso.

LUISA Y usted ceda un poco en su charla que me parece exagereda.

GALL. Realmente es una berborrea la mía, tumultuosa y excesiva que cortaré radicalmente por mero antojo de su voluntad. (Cortesía.) Desde este instante el monosílabo pasa a ser mi más amplia respuesta.

LUISA ¿Es usted casado?

GALL. No, señora.

LUISA ¿Y no se piensa usted casar?

GALL. No, señora.

LUISA Pues si todos pensaran como usted se acabaría el mundo.

GALL. No, señora.

LUISA Garrido, mucho cuidado con todo. (A Roque.)

Y tú date prisa en aprender. (A Gallardo.) Y usted...

GALL. (Cerrándose los labios con los dedos.) Ni un diptongo más.

MARCO Bien, pues hasta luego.

LUISA Adiós.

GAR. Hasta luego.

ROQUE Ustés lo pasen bien. (Roque mutis por 4.)

ESCENA X

GALLARDO y GARRIDO

GALL. (Llega silenciosamente hasta la puerta 3 y hace una cortesía en tanto pasan, luego les dice adiós con las manos y el pañuelo. Luego y mirando con fruición a todos lados.) Me parece que me ha caído el premio gordo invertido en comestibles. (Echando el brazo sobre el hombro de Garrido.) Amigo Garrido. Pepe Gallardo para lo que usted guste desde el más arriesgado menester al más benéfico.

GAR. Tanta grazia. Joaquín Garrido, a zu dizpozizión. Y oigazté, ahora que dizponemo de un ratiyo. ¿Qué me dize ozté de Rafaé?

GALL. ¿Rafael? ¡Ah, oh, Rafael! (Aparte.) ¿Quién será Rafael?

GAR. ¡Qué muleta la zuya!

GALL. (Aparte.) Vaya, es un cojo. (Alto.) ¡Qué muleta, con qué soltura la mueve! (Hace ademanes de cojear.)

GAR. Zortura y grazia. ¿Ha vizto ozté cómo manda?

GALL. (Asombrado.) ¡Oh!

GAR. ¿Y lo que aguanta?

GALL. (Asombrado.) ¡Ah, lo que aguanta!

GAR. ¡Jozú, qué carvo maz graziozo!

GALL. (Aparte.) Un cojo que manda, aguanta, es calvo y gracioso. (Pensativo.) ¿Quién podrá ser? ¿Es calvo Romanones?

GAR. ¿Y en la zuerte der trapezio?

GALL. Ahí, ahí es donde yo le admiro. (Aparte.) Es titiritero.

GAR. Con qué finura junta lo brazo.

GALL. ¡Oh, es un artista!

GAR. Ozté lo ha dicho, zí, zeñó. Un artizta.

GALL. (Aparte.) Decididamente es un titiritero que se ha quedado cojo. (Alto.) Como que yo creo que en el circo no hay quien le iguale.

GAR. ¿Quién le iguale? Ni quien le arcanse.

GALL. (Aparte.) Debe correr mucho este cojo.

GAR. ¿Y en lo farole?

GALL. (Extrañado.) ¿En los faroles? ¡Oh, ah!

GAR. Yo, lo reconozco, ziego por é, con la capa er único, único, y con la ezpá, con la ezpá le discurpo yo tóo lo que jaze.

GALL. (Aparte.) Ahora resulta un señor de capa y espada.

GAR. ¿Y traje? ¿Qué traje le guzta a ozté maz de tooz los que tiene?

GALL. ¿A mí? (Pensativo. Aparte.) ¿Qué digo yo de los trajes? A mí los de cuadritos me gustan mucho, pero si no lo llega a tener le pongo de oro y azul. (Alto.) Yo... como es tan elegante... no sé que decirle a usted.

GAR. A mí er de azú y oro.

GALL. (Aparte.) Caray, si lo digo acierto.

GAR. ¿Y la coleta? ¡Qué bien trenzá!

GALL. (Aparte.) ¡Vaya, pues es un chino! (Confidencial.) Aquí, donde usted me ve, esa coleta la he trenzado yo más de una vez. (Aparte.) A ver si saco quien es Rafael.

GAR. ¿Pero ozté le trata?

GALL. ¿Que si le trato? ¡Intimos! El resto de mi fortuna me lo he gastado con él. Yo fuí el que le trajo de la China la primera vez.

GAR. ¿Pero Rafaé ha estao en la China?

GALL. (Aparte.) Caray, no es chino. (Alto.) Dos veces.

GAR. Yo creí que zólo había dío a la América.

GALL. Sí, a la América también; pero de América a la China.. un paso en tren, dos horas.

GAR. Yaaa... ¡La de recuerdo zuyo que debe ozté tené!

GALL. ¡Oh!

GAR. Zi yo fuera rico daría lo que me pidieran por la muleta que uzó er día e Zan Izidro.

GALL. A un amigo mío se la ha regalado.

GAR. Y zu amigo de ozté, zin ofenderle ¿eh?, zin ofenderle... no... vamo, ¿no vendería eza muleta?

GALL. Ca, hombre. ¿Usted sabe la estima en que la tiene?

GAR. ¿Ni un cachito ziquiera?

GALL. Hombre, un cachito. (Aparte.) Yo le corto una pata a una silla. (Alto.) Pagando muy bien, muy bien, tal vez...

GAR. Tantéele ozté.

GALL. Sí, sí; yo le tantearé. ¿Usted hasta cuánto está decidido a dar?

GAR. Por un peazo de eza muleta doy... hazta zinco duro.

GALL. (Aparte.) ¡Caray, cinco duros! (Coge con disimulo una silla del departamento Caja por el respaldo y mira las patas.) ¡Hombre, cinco duros! Nó sé, no sé...

GAR. Zi er peazo eztá enzangrentao, doy doz duro ma.

GALL. (Aparte.) Me voy a tener que dar con la pata en las narices.

GAR. Zeñó Gallardo. Proporzióneme ozté lo que le pío y no le pío ma.

ESCENA XI

DICHOS, CHULA y PALETOS, Después ROQUE

(Entran por 1 un Paleto, una Paleta cuarentona y una Chula joven.)

CHULA Bueno los tengan ustés.

GAR. Luego zerraremo er trato.

GALL. Bueno, hombre, bueno. (Aparte.) A ver si en tanto acierto quién es Rafael y me como la cena de anoche.

(Garrido se va al mostrador y Gallardo a la Caja, donde, escondido, termina de comer el chorizo que lleva en el bolsillo de la americana.)

GAR. Mu güeno. ¿Qué dezean ozté?

PAL.o (A Paleta.) Mucha gente hay.

PAL.a (A Paleto.) Amos, panoli ¿te quiés callar?

CHULA (Muy afectuosa.) Oiga, joven; ese chorizo que se ve mirando desde el arroyo a mano izquierda, ¿es de la Rioja? Porque dice mi señora madre que tan gordo no pué ser de Rioja y que tié que ser de Pamplona.

(Los Paletos en tanto «se hacen los paletos» mirando por todos lados. Roque limpia una báscula.)

GAR. Poz tié razón zu zeñora madre.

PAL.a ¿Lo estás viendo?

CHULA Anda mi progenitora. Pues es usted pero que el caos de la conservación pa el embutido. (A Garrido.) Pero de Rioja sí lo poseerán ustés.

(Entra Roque por 4.)

GAR. Zí, precioza. Mírelo ozté. (Quedan hablando.)

PAL.a (A Paleto.) ¿Tas fijao que hay un espía en la garita? (Señalando a la Caja.)

PAL.o Ya, ya lo he diquelao. ¿Has afanao algo?

PAL.a Gachó, pronto, ni don Luis Candelas.

PAL.o Prosigue.

GALL. Este chorizo tiene un excesivo de pimienta que carraspea. Lo dulcificaré con una pasa. (Mete la mano en una caja de pasas y al ir a levantar la tapa suena un pito. Retira la mano apresuradamente.) ¿Qué pasa? ¿Será de sorpresa esta caja?

CHULA Negros, sí son mis ojos, a qué negarlo, pero ni tan dicharacheros ni tan gitanos como usted dice. ¡So traidor!

GALL. (Vuelve a intentar meter la mano en la Caja y vuelve a retirarla al sonar el pito.) ¡Rediez con la cajita!

ROQUE ¡Que llaman, señor Gallardo!

GALL. Ya, ya lo he oído!

ROQUE Pues conteste usted. (Vase hacia la Caja y le enseña el tubo del teléfono dejando en la báscula el paño.)

GALL. ¡Ah! ¿Esto es lo que pita? (Hablando.) ¿Quién? (Hará los incisos correspondientes como si oyera hablar.) ¡Ah! ¿Eres tú, Catalina? ¿Qué quieres?... Bien, bien... ¿Garbanzos y sopa de pastas?... Espera. (A Garrido.) Oiga usted, Garrido, dice Catalina que mande usted al chico con chorizos, garbanzos y sopa de pastas.

GAR. Eztá bien. Pregúntela ozté zi necezita arró.

GALL. (Al teléfono.) ¿Que si quieres arroz, Catalina? Bueno. Adiós, doncellita mermelada. (Deja el teléfono y se dirige a Roque.) Ya lo has oído, pero antes, óyeme ¿qué me dices de Rafael?

ROQUE ¿También usted? Pues que no se entere el

ama porque le echa de la casa. (Hace ademán de irse.)

GALL. (Aparte.) No, pues el niño no se me va sin despejarme la incognita. Chist. Oye, Roque, ¿tú le has visto?

ROQUE ¿A Rafael? Una vez. Me llevó el señor Garrido.

GALL. ¿Y es muy cojo?

ROQUE ¿Cojo? No, señor, ¿qué ha de ser cojo?

GALL. (Aparte) Caray. Todo por tierra. (Alto.) Pero calvo es.

ROQUE Muy calvo. (Hace ademán de irse.)

GALL. (Aparte.) ¡Bueno! (Alto.) Oye, ¿y el apellido, tú sabes el apellido?

ROQUE No, señor, el apellido no lo sé. No se más que el mote.

GALL. Claro, el mote. (Vase el chico. Aparte.) Nada, que se me va el niño con el mote. (Alto) Oye, ¿y el mote es?...

ROQUE El Gallo, Rafael el Gallo.

GALL. (Dándose un golpe en la frente.) Sí, hombre, sí. (Roque le mira sorprendido y se va por 4) ¿Cómo no habré caido yo? Pues si le doy un palo en vez de un trapo rojo surge la hecatombe.

PAL.a (A Paleto.) ¿Haces algo?

PAL.o Le estoy poniendo cerco a un jamón.

PAL.a Cuidado, que se acercan.

(El Paleto abandona el sitio y haciéndose el tonto se acerca a la báscula y quédase mirando con cara de idiota)

GALL. ¿Qué hay? ¿Quieres pesarte?

PAL.o Bueno. (Alza los hombros, indiferente)

GALL. Pues ven, súbete aquí. (Le pesa.) Ya estás. ¿A ver? Pesas, peso bruto setenta kilos.

PAL.o Bueno. (Alza los hombros. Vase junto a la Paleta.)

GALL. Qué animal; no sabe ni hablar. Me parece poco setenta kilos peso bruto, para un bruto así. ¿A ver? (Examina la báscula.)

PAL.a (A paleto.) Anda ahora, anda ahora.

PAL.o (Guardandose el jamón.) Ya está.

GAR. ¿Que no? Dígame ozté zu zeña.

CHULA ¿Mis señas? Ya las está usted viendo. Morena, no mal parecida.

GAR. ¡Zerá grazioza! ¡Viva la mare...! (Sigue hablando.)

GALL. Nada, que lo he pesado mal. ¿Tú? (Al Paleto.) Ven acá.

PAL.º ¿A mí?

GALL. Sí, hombre. Vuélvete a subir ahí. (Se sube.) ¿Cuánto te dije antes?

PAL.º ¿A mí? Setenta kilos.

GALL. Setenta kilos... y un jamón. (Paleto da un respingo y se tapa la blusa.)

PAL.ª ¡Lo aforó!

GALL. Pesas setenta y seis.

PAL.º (Alzando los hombros.) Bueno... (A la Chula.) Yo me voy, que m'aburro.

CHULA ¿Ya?

PAL.ª Este se cansa en seguía de tóo.

CHULA Pus vámonos. (A Garrido.) Lo dicho. Usté me manda el encarguito y a ver si cumple usted lo prometido, zalamero.

PALETOS (A la puerta.) Quedarse con Dios.

ESCENA XII

GARRIDO, GALLARDO, ROQUE, en seguida MARCO, LUISA y MARTA. Después CATALINA

GAR. ¿Zalamero? (Saliendo a la puerta.) ¡Ya lo veremo! (A Gallardo.) ¿Ha vizto ozté?...

GALL. (Haciéndose el benévolo.) Sí, pero, pero como si no.

ROQUE (Saliendo por 4.) Ya están ahí, ya estan ahí.

GAR. ¿Ya? (A Gallardo,) ¡Ahora va ozté a vé la criatura ma inozente y ma buena der mundo! (Gallardo vase a la Caja. Entran por 1 primero MARCO con un maletín en una mano y un portamantas en la otra. En el portamantas dos sables en sus fundas. Detrás LUISA con una sombrerera. Detrás MARTA.)

GAR. ¿Y la zeñorita, ande eztá, qué tar viene?

LUISA Bien, muy bien. (Deja la sombrerera.)

MARCO No viene mal. (Gesto de resignación y deja los bultos.)

MARTA (Desde fuera.) ¿Propina? ¿Propina una mujer a hombres? ¿Qué os he de dar, bigardos? (En la puerta.) ¡Goddan, qué Madrid más atrasado!

GAR. (Yendo a ella jubiloso.) Zeñorita, zeñorita Marta, ya tenemo un gallo ma.

MARTA (Conteniéndole con el gesto.) ¿Y a mí que me importa un gallo más o menos?

GALL. (Que iba a salir se esconde rápidamente, Aparte.) Me parece que esta británica va a ser un obstáculo con taquets en mi existencia.

GAR. (Muy cortado.) El... el hermaniyo chico... que también...

MARTA Calla, que me asquea oirte. (A su padre.) Padre, malas impresiones me traían a Madrid, a mi casa, pero lo que veo me llena de ira. La tienda igual, estos bigardos aquí aún. (A ellos.) ¿No os da vergüenza? Ese puesto no es de hombres. (A Luisa.) Madre...

LUISA Hija, ¡si tú supieras lo que yo he sufrido! Me anima verte tan dispuesta.

(Garrido y Roque retroceden hasta 1. Gallardo asoma la cara y la esconde rápidamente a ratos.)

MARCO Pero, Martita, por Dios, si la casa marcha bien.

MARTA No, no; te juro que esto ha de cambiar. (Saca cigarrillos turcos y ofrece al padre y a la madre. Esta lo acepta.)

MARCO (Rechazándolo.) Gracias, no fumo... (Tirando al suelo de un manotazo el cigarrillo de su mujer y procurando que caiga cerca de la Caja con el fin de que Gallardo intente cogerlo estirándose por el suelo o atrayéndolo con un palo o con el pie.) Amos, que a ti no te lo consiento.

CAT. (Saliendo por 4.) ¿Cómo viene, cómo viene?

GAR. Cállate, cállate, que viene má marraja que un miura de cazta.

(Se queda cortada, entre tanto enciende el cigarro Marta.)

ROQUE Sí, cállese usted, que muerde.

MARTA (Volviéndose y viendo a Catalina.) ¡Catalina! (Catalina se asusta y da un paso atrás.) ¡Catalina, ven a mis brazos! Con qué gusto te veo. (La abraza.)

CAT. Y yo también, señorita, ¡qué guapa viene usted!

GAR. (A Roque.) ¿Pero za güerto loca?

GALL. (Aparte.) Clasificada. Sufragista del género bonito, pero sufragista.

CAT. ¿Llevaré esto dentro?

MARTA Sí, llévalo, llévalo.

MARCO Pero, oye, hija, ¿qué es esto?

MARTA — Mis sables.

MARCO, LUISA — ¿Tus sables?

MARTA — Sí, sí, mis sables. ¿Qué, os extraña?

MARCO — ¡Ah, vamos! ¿Algún juguete? ¿Una moda nueva inglesa?

MARTA — ¿Cómo juguetes? ¿Juguetes unos sables con punta y doble filo?

MARCO — Pero...

GALL. — (Aparte.) Sufragista de caballería.

MARTA — Con el mayor maté a un hombre en desafío. (Todos se asombran.)

MARCO — ¿Tú, hija?

MARTA — Yo, padre.

LUISA — ¿Tú, hija?

MARTA — Yo, madre.

MARCO — (Enérgico.) ¿Qué sospecho? ¿Tal vez tu... deshonor?

LUISA — (Apurada.) ¡Hija!

MARTA — Fué algo más grave que eso.

MARCO — ¿Más grave? ¿Qué hizo ese desgraciado?

MARTA — ¿Qué me hizo? El más grande agravio que se le puede inferir a una mujer.

LUISA — Explícate, hija mía.

MARTA — Fué durante un mitin sufragista. Yo había estado brillante. Pedí la igualdad ante todo, la libertad para todo, la fraternidad con todos. (Ovación). ¿Llevan los hombres veinte siglos gobernándonos? Pues a gobernar nosotras otros veinte. (Aplausos). ¿Ellos votan? A votar nosotras. (Una voz femenina). A votar. ¿Zurzimos nosotras? ¡Que zurzan ellos! (Otra voz, pero masculina). ¡Que las zurzan! ¡Gravé en mi mente la figura deletérea de aquel ente que se permitió gritarme, y a la salida le esperé, discutimos. Negó con insistencia más condiciones a la mujer que las caseras, y, como eso no se lo consiento ni a mi padre, (Marco da un respingo.) le crucé la cara.

MARCO — ¿Y luego?

MARTA — Luego, ¡le desafié! Fuimos al campo del honor. Yo más diestra... Le entró el sable por aquí. (Señala al cuello con dos dedos. Todos instintivamente se llevan la mano al cuello.)

LUISA — ¿Tú, a un hombre, por aquí? (Señala al cuello.)

MARCO — Pero me dejas frío, hija. Por aquí. (Señala. Gallardo se ata al cuello el pañuelo de yerbas.)

MARTA — Sí, ¿qué pasa? Por aquí. (Se señala.)

MARCO — Nada, que me dejas frío. No puedo oirte eso con tranquilidad; me quedo frío.

GALL. — (A media voz.) Para el ventilador.

MARTA — ¿Qero qué vacilaciones? ¿qué dudas son estas? Despreciable carácter español. Madre, ocho días, ocho días, y verás esto transformado. Vosotros, (A los dependientes.) fuera; ese puesto es de mujeres.

GAR. — ¡Pero, zeñorita!

MARTA — Fuera digo. No quiero ver en esta casa ni un hombre. Mi padre... porque es mi padre, fuera de mi padre ni un bigardo más.

MARCO — ¡Hija!...

MARTA — Y si hubiera alguno más, dispensadme el disgusto de verlo. No me podría contener y tal vez...

TODOS — (Señalando el cuello.) Por aquí. (Miran todos a la Caja.)

GALL. — (Sujetándose bien el pañuelo al cuello sale y se arroja a los pies de Marta.) Señorita, bigardo y a sus pies.

MARTA — (Retrocede.) ¿Qué ven mis ojos?

GALL. — Una equivocación de la Naturaleza, señorita *mis*. Yo iba para mujer, pero no pudo ser y me quedé en hombre. Esta primera tendencia de mi antivida me ha fortalecido y ya que los hados no me han permitido vestir faldas y dejarme el pelo largo, siento en mi interior el ansia del imperio de la mujer. Por eso, rendido a sus pies, me permito admirar en usted, temible señorita, el genio redentor de la hembra. ¡Viva el sufragismo!

MARTA, LUISA — ¡Viva!

GALL. — (Aparte y levantándose.) Son mías. (Alto.) ¿Quién dijo que la mujer no ha de poder ser otra cosa que casera? Puede ser casera y puede no serlo. Afortunadamente hay muchas más que no son caseras. En esto y en todo estoy con usted. Aquí no puede, no debe haber otro hombre que su señor padre. Por eso yo ayudaré a usted a expulsar a todos y cuando se hayan ido, me marcharé yo también, seño-

rita, deplorando no haber podido ayudarla, pero me marcharé.

MARTA — No. Usted se quedará.

GALL. — Perdón, señorita, pero me marcharé.

MARTA — (Irritada.) He dicho que usted se quedará.

GALL. — Bueno. Me quedaré. Haré un sacrificio y me quedaré. (Aparte.) Me hago sufragista.

MARTA — (A los dependientes.) Pues bien, ya lo sabeis, radicalmente quedais despedidos.

GALL. — Ya lo oís, aquí nos quedamos solo *nosotras*.

LUISA — También Gallardo se ha educado entre ingleses.

MARTA — Yu toc er langüech anyu ofcors admazr zem.

GALL. — ¡Ah! Yes, sí, yes, esmoquin, eslipin car ne cuacuan, ¡ah! (Hace muchos gestos y se mueve mucho. Aparte.) Esto es una complicación de asfixia. (Alto.) Pero, caray, aquí aún las maletas. De ninguna manera. Adentro, adentro las maletas (Las coge y va hacia 4 con ellas. Al pasar al lado de Garrido.) Ya hablaremos de lo de la muleta. (Deja las maletas a la puerta.)

MARCO — Hija, mira lo que haces, que el negocio va muy bien y este cambio radical puede ser nuestra ruina.

MARTA — No tema usted, padre. Las mujeres tenemos más sensibilidad para todo. Somos más adaptables a cualquier medio social...

GALL. — No tema usted, don Marco. Nosotras, somos nosotras.

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma tienda del primer acto, aunque algo modificada. En el lugar de la báscula una mesita y dos sillas. La entrada a la cueva, ha de estar libre de obstáculo.

Al levantarse el telón está Luisa echando una firma en el brasero que hay bajo la mesa. Marta va hacia el teléfono y habla con los incisos convenientes, por el tubo acústico.

ESCENA PRIMERA

MARTA, LUISA; en seguida GALLARDO

MARTA Catalina. ¿Se levantó ya el señor Gallardo? Bien, bien. (Deja el tubo. A Luisa.) Dice que ha salido del baño y que ahora baja, que está terminando de desayunar.

LUISA Qué hombre tan afectuoso y tan cortés.

MARTA Y qué original y qué sencillo. La imaginación completamente inglesa. ¡Cómo conoce el genio del inglés!

LUISA En cambio el temperamento, madrileño castizo. ¡Qué atracones se da de callos y de tajadas de bacalao!

GALL. (Saliendo. Viste una bata, lleva un pañuelo de seda en la mano y sale estornudando y comiendo una galleta que saca del bolsillo. Párase en el centro.) Estas duchitas matutinas me van a acarrear un reumatismo articular agudo de carácter grave, que me va a dejar circunflejo. (Estornuda.) Señoras mías... (Cortesía y les besa las manos.)

MARTA Por Dios, Gallardo, ¡qué cara trae usted!

LUISA (Al cogerle la mano.) Está usted tiritando (Le toma el pulso.) y algo débil.

GALL. (Abatido.) Muy débil.

MARTA ¿Tiene usted escalofríos? (Le toma el pulso en la otra mano. Gallardo dice que sí con la cabeza.)

LUISA ¿Está usted bilioso?

GALL. (Dice que sí con la cabeza.)

MARTA ¿Se le ponen a usted los dientes largos?

GALL. No, señora.

LUISA Pues es raro que teniendo bilis no se le pongan a usted los dientes largos.

GALL. Es que los tengo postizos.

LUISA ¡Ah!

MARTA Antes de nada. Albricias. ¡Hurra, Gallardo!

LUISA ¡Hurra!

GALL. (Estornuda.) Señoras... (Cortesía.)

MARTA Figura su retrato en nuestro Club de Londres.

GALL. ¡Ah! ¡Ah! ¡Achís!... (Estornudando.)

MARTA Y viene hacia aquí, tal vez esté ya en Madrid, un emisario con un pliego secreto.

LUISA Siéntese, siéntese. Señor Gallardo. Ha tenido Marta un sueño. (Gesto de magnificencia.)

GALL. ¿Un sueño?

LUISA Verá usted qué sueño.

MARTA (En éxtasis.) ¡Oh, qué sueño; el sueño de toda mi vida!

GALL. Sí, señora, sí. La vida es sueño.

MARTA Siento horrible emoción al contarlo. (Gesto de asombro en Gallardo, que a medida que hablan vuelve la cabeza, asintiendo.) Pensando en usted me acosté anoche.

LUISA Somos las introductoras del sufragismo.

MARTA La idea va extendiéndose.

LUISA Cada día alcanza más adeptos.

MARTA El Gobierno ha llegado a preocuparse.

LUISA Hace falta algo decisivo.

MARTA Algo que haga ruido.

LUISA Algo que eche humo. (Gallardo que está fumando suelta una bocanada.)

MARTA Algo que hiera.

LUISA ¿Y sabe usted qué es lo decisivo, lo que hace ruido, lo que echa humo y lo que hiere? (Pausa.)

MARTA (Dando un manotazo en la mesa.) Una bomba.

Pero desgraciadamente ese sueño no podrá realizarse.

GALL. (Comiendo otra galleta que saca del bolsillo.) Ese sueño... Ese sueño es pan comido. (Rápido.)

LUISA ¡Gallardo!

GALL. Pan comido. (Con la boca llena.)

MARTA ¿Pero usted?

GALL. Yo

LUISA ¿La bomba?

GALL. La bomba.

LUISA (Asombrada) ¡Oh!

MARTA ¿Y si le cogieran?

GALL. Yo arrostro todo por la idea. Hay que ser enérgico.

MARTA (Entusiasmada) Justo.

LUISA No hay que desmayar.

GALL. Ni un momento. (Come más.) Yo construiré la bomba.

LUISA ¿Usted?

GALL. (A Luisa.) Usted comprará una olla.

LUISA Muy bien.

GALL. (A Marta.) Usted comprará un kilo de clavos.

MARTA Sí, señor.

GALL. Y yo prepararé las substancias químicas, Martita. (Muy rápido.) Melinita, dinamita, turpinita, calamita. Sí, señorita.

MARTA ¿Y si usted.. al estallar la bomba?

GALL. (A Marta.) Aunque estalle.

MARTA Bravo, Gallardo, bravísimo.

GALL. Luego la construiré, y yo mismo, ¡zás!, la arrojaré.

LUISA ¡Qué heroismo! ¿Y si le mata, Gallardo?

GALL. Si me mata, Gallardo... y calavera.

MARTA Ansío el día. Cuando circule la noticia... y llegue a Londres.

GALL. Allí, allí va a caer como una bomba.

MARTA ¡Hurra, Gallardo!

LUISA ¡Hurra! (Levántase, cógele la mano, la estrecha entre las suyas y se la lleva al pecho.) Gallardo, voy a vestirme para ir a comprar la olla.

GALL. De barro.

MARTA (Hace lo mismo que su madre) Y yo a buscar los clavos. Duro, Gallardo.

GALL. Mármol.

LUISA Hasta ahora.

MARTA Hasta luego.

GALL. Hasta siempre. (Desaparecen ellas y después que las mira desaparecer.) Ahora a luchar por la existencia, pero por la existencia en esta tienda, porque eso de que tenga yo más ingleses que las islas británicas, es un exceso de población que me está exponiendo a quedarme sin territorio.

ESCENA II

GALLARDO y ALFREDO

ALF. (Entrando. Es un muchacho joven y elegante.) Buenos días.

GALL. (De espaldas.) ¿Qué desea?

ALF. Hablar con usted.

GALL. ¿Conmigo? (Aparte.) Viene por mí.

ALF. (Girando, queriendo ponerse frente a él, sin conseguirlo.) Con usted o con un dependiente.

GALL. (Aparte) No viene por mí. (Sigue dándole la espalda.)

ALF. Es decir, yo con quien vengo a hablar es con Gallardo.

GALL. (Aparte.) Viene por mí. (Sigue dándole la espalda. De repente le estrecha entre sus brazos.) ¡Caray, Alfredito! ¡Diablos, Alfredito!

ALF. (Sorprendido.) ¿Qué veo? (Enérgico.) Señor Gallardo, no le tolero a usted más burlas.

GALL. Pero, Alfredito...

ALF. Nada. Estuve anoche en el café a las ocho, como quedamos, y usted no fué.

GALL. ¿Cómo que no? Estuve, sí, señor, estuve a las ocho menos veinte. (Aparte.) Sino que me fuí a las ocho menos cuarto.

ALF. Bien, es lo mismo. Deme usted los cuarenta duros y se acabó.

GALL. ¿Los cuarenta duros? (Se registra.) El caso es que ahora no... después no... el cajero no... ¿Por qué no me espera usted mañana a las doce en las paralelas?

ALF. Porque no nos vamos a encontrar, señor Gallardo.

GALL. Pues dónde usted quiera. Alfredito, dónde usted quiera.

ALF. Vaya usted a verme a la Comisaría.

GALL. (Sorprendido.) ¿A la Comisaría?

ALF. Sí. A la Comisaría del Centro. ¿No sabe usted ir?

GALL. ¿A la Comisaría? A obscuras... ¿Pero usted es...?

ALF. Policía.

GALL. ¿Policía? (Cogiéndole de un brazo y misteriosamente.) Llegó el momento. A su amistad interesada antepospongo la mía fraternal. A usted le asciendo yo.

ALF (Asombrado.) Señor Gallardo...

GALL. Alfredito, usted será en breve el hombre del día. A usted le protejo yo, y eso no se paga con todo el dinero del mundo.

ALF. Pero, señor..

GALL. Espéreme usted esta noche en la Comisaría. Allí se convencerá de mi protección. Daré a usted noticias asombrosas. Hará usted detenciones de sensación.

ALF. (Interesado.) Caray.

GALL. El ama de esta tienda es sufragista. Esta tienda es la cuna del sufragismo.

ALF. ¿Y por qué está usted metido aquí?

GALL. ¿Aquí, en la cuna? Por el ama.

ALF. ¿Entonces yo?..

GALL. Si hace usted una buena faena ..

ALF. ¿Me darán un ascenso?

GALL. ¿Qué un ascenso? Dos ascensos, tres ascensos. Será usted inspector, tal vez Comisario ¿qué digo, Comisario? Lidie usted bien este toro y se salta usted la barrera.

ALF. ¿Entonces mi misión?

GALL. No pierda usted de vista la casa. Siga usted mis instrucciones. Siga usted mi inspiración. Siga usted mis consejos. Siga usted a todas las mujeres que salgan de aquí y de usted es el triunfo.

ALF. Es que...

GALL. Nada. Hasta la noche que hablaré tendido.

ALF. (Dándole la mano.) Bueno, hasta la noche. Hasta la noche. (Vase Alfredo.)

GALL. Uno menos.

ESCENA III

GALLARDO y LUISA

LUISA (Sale vestida de calle.) Gallardo, aquí me tiene usted.

GALL. A ver si compra usted un buen puchero.

LUISA Puchero u olla.

GALL. Olla, olla.

LUISA ¿Tiene que tener alguna particularidad?

GALL. (Científico.) Sí, a ver si encuentra usted una de esas ollas muy recocidas... de color verdoso.

LUISA La pediré así. ¿Algo más?

GALL. Sí, que tenga dos asas.

LUISA ¿Nada más?

GALL. Nada más.

LUISA (Pensativa.) ¡Verde y con asas! Hasta luego, Gallardo.

GALL. A sus pies, mi mis doña Luisa. (Le abre la puerta y con cortesías la despide.)

ESCENA IV

MARTA y GALLARDO

MARTA Gallardo, voy a comprar los clavos.

GALL. (Los dos misteriosamente, pero con energía.) Un kilo.

MARTA Yes.

GALL. Vamos a quitar muchas cabezas.

MARTA Meni.

(A cada palabra inglesa, hace Gallardo un gesto.)

GALL. Es preciso que hagamos un escarmiento.

MARTA Dis.

GALL. No ha de enternecernos ni el más paternal afecto.

MARTA Nocin.

GALL. (Dándole la mano.) Martita...

MARTA Adiós, Gallardo. Me voy indignada, porque ¿en qué deleznable menester dirá usted que he sorprendido a mi padre?

GALL. Alguna infamia.

MARTA Escribiéndole a Garrido agarrado a la cama.

GALL. Eslipin.

MARTA El sabe muy bien que yo odio a Garrido.

GALL. Sipi.

MARTA Que si yo le vuelvo a ver en esta casa, corre la sangre.

GALL. Sangüich.

MARTA Pues a pesar de todo, le escribe y le dice que quiere verle, que está indignado, que desde que nosotros nos encargamos de la tienda está todo manga por hombro.

GALL. Esmokin.

MARTA ¿Pero usted cree que aquí entrará Garrido?

GALL. Ne quaquam.

MARTA No entrará, Gallardo, no entrará, ni él, ni hombre alguno, mientras nosotras (Le pasa la mano por el hombro.) mandemos, mientras nosotras alentemos. ¿Los hombres? ¡Ah, ralea despreciable, ralea ruín, mala ralea! Se acerca el día del imperio de la mujer.

GALL. (Arrodillándose a sus pies.) Salve, reina del sufragismo, salve. Te admiro. Yo tengo faltas, sí, las tengo, pero sé que esas faltas tú las pasas (Saca el pañuelo y cae un racimo de pasas.) ¡uy! las pasas; (Las coge y las tira por encima de él.) sí, las pasas, las pasas por alto seguramente y yo seguiré siempre a tus órdenes.

MARTA Y yo a las suyas. De acuerdo siempre, Gallardo.

GALL. Más que de acuerdo. El sufragismo nos une, la idea nos ata, y es tan noble su misión, que yo quisiera de una vez para siempre clavarla aquí. (Se da un golpe en la frente.)

MARTA (Mutis.) Voy por los clavos.

ESCENA V

GALLARDO; después PEPE

GALL. (Sentándose rendido en una silla, enciende un cigarro y deja encendida la cerilla.) ¡Ay! me da el corazón que en cuanto se le acaben de hinchar las narices a don Marco, me veo en London esquare, cogido del brazo de esta sufragista

cantando coplas y tocando la guitarra. (Se le apaga y toca la guitarra. Entra un camarero con un servicio de café. Gallardo al verle da un respingo y queda en una postura muy violenta.) Renueve. (Aparte.) No me faltaba más que esto.

PEPE (Habla achuladamente.) Buenos días.

GALL. (Quejándose.) ¡Ay!

PEPE He dicho que buenos días.

GALL. ¡Ay! (Vuelve la cabeza y le mira.) ¡Ay! ¿Qué hay Pepe, que hay?

PEPE ¿Cómo está usté?

GALL. Muy mal, Pepe, muy mal. Me estoy cayendo. (Da la sensación de que se cae de la silla.)

PEPE Pues en cuanto se entere usté a lo que yo vengo, fallece.

GALL. Dame por muerto y vete, Pepe.

PEPE Pues yo nunca le he visto a usté tan gordo como ahora.

GALL. Es que me hincho. Esto no es natural. Los especialistas dicen que estoy neurasténico. Yo llego a más. Sé que estoy loco. A veces me da por moder, por romper. Luego me quedo como desmayado, ¡ay! según las circunstancias; una hora, un dia, ocho días. (En tanto dice esto, Pepe saca una a una varias tiras de papel del bolsillo y las coloca sobre la mesa.) ¿Qué es eso?

PEPE Esto es lo que usté me adeuda.

GALL. (Conteniéndole.) Por Dios, Pepe, no me saques más tiras. (Al verle sacar la última tira.) ¿Has acabado? (Ahora como si le diera un ataque.) Pues has acabado, que me da, que me dió. (Coge las tiras y las rompe. Pepe intenta recuperarlas.) Que le doy. (Da a Pepe un puñetazo.)

PEPE ¡Ay mi madre! pues como me dé a mí no queda una lata en el establecimiento, que pa bonito yo.

GALL. (Haciéndose el desmayado.) Yo deliro, sí, yo deliro. Esto es el delirio... no sé lo que hago... no sé lo que debo... este ataque me va a durar mucho... (Pepe se sienta.) Pues no me va a durar nada. (Como despertando.) ¿Dónde estoy?... ¿Quién eres?

PEPE Pepe.

GALL. No te conozco. (Pepe se prepara a pegarle.) Sí, sí te conozco. Pues ya ves cómo estoy, Pepe,

Pepito, retírate, por Dios, Pepito. (Intenta dar un chupito a la cafetera.)

PEPE Eso sí que no. Se acabó el chupen. Pa tomarse este café, tendría usté que pasar por encima de mi persona. Bueno y no hablemos más. Apoquine usté.

GALL. (Echando una ojeada a la trampa y mano a la cartera.) Basta; ¿te pones así? Tú caerás. ¿Qué te debo?

PEPE Ciento cincuenta y siete pesetas treinta y cinco céntimos.

GALL. (Tocándose los bolsillos, levanta la tapa de la cueva.) Pues vamos a cobrar. Vamos abajo.

PEPE ¿Pero es que tié usté ahí el dinero?

GALL. Hombre, los fondos siempre están abajo. (Baja Pepe y Gallardo baja también un escalón y de repente sube corriendo y cierra la trampa, coge la cafetera y bebe por el pitorro, poniéndose sobre la tapa.)

ESCENA VI

GALLARDO; en seguida LUISA

Caray, creí que no me podría librar de ese bruto. Y el caso es que debo pensar cómo hacerlo desaparecer, porque en cuanto salga querrá liarse conmigo a golpes. (Suenan dos golpes.) Ya empieza, pero en fin, (Otros dos.) ahí me los den todos. (Bebe por el pitorro de la cafetera.) Lo que me parece algo exagerado es el total que le adeudo. Yo creo que esa suma es una suma (Suenan más golpes.) y sigue.

LUISA (Con la olla.) Gallardo.

GALL. Y sigue la complicación.

LUISA Gallardo, me sigue un hombre.

GALL. ¿Un hombre?

LUISA Sí.

GALL. Es un policía. Pronto, dentro con la olla, que no la vean a usté aquí.

LUISA Voy, voy. (Entra misteriosamente.)

ESCENA VII

GALLARDO y GARRIDO

GALL. (Escucha y bebe.) Parece que se ha calmado.

GAR. (Asoma la cabeza.) ¡Zeñó Gallardo, zeñó Gallardo!

GALL. ¡Hola, Garridito!

GAR. ¿Zolo?

GALL. (Mostrándole la cafetera.) Con leche.

GAR. ¿Y la zeñorita Marta?

GALL. En la calle.

GAR. Venga ozté un momento.

GALL. No, yo no puedo. Entra tú.

GAR. (Entra.) Ez que ya zabe ozté que ha jurao matarme zi me güerve a pillá en la tienda, azín que dígame ozté zi tiene ahí er cachito de muleta y me voy deseguía.

GALL. Aquí lo tengo.

GAR. Poz venga.

GALL. Vaya. (Lo saca de un bolsillo.)

GAR. Con cuidiaíto.

GALL. (Sacándolo muy despacito.) ¿Así?

GAR. Azín, que zale un monumento.

GALL. Vaya.

GAR. Venga. (Se descubre, lo desenrrolla, lo mira y lo besa.) ¿Ande eztá er imán que domina ar toro, cachito e Gloria?

GALL. ¡Ave María Purísima!

GAR. ¿Ande ta tocao a ti er Divino, mijita e trapo?

GALL. (Aparte.) (A este le saco yo los cuarenta duros.) Y ahora, querido Garridito, has de saber que ha surgido una complicación.

GAR. Cuénteme ozté.

GALL. Habíamos ajustado este pedazo en quince duros, pero se ha presentado un yanki comprador de objetos tauromáquicos que ofrece una crecida suma por lo que resta de la muleta, y ya comprenderás que dando una suma por lo que resta, se multiplica la ganancia y no hay división en más pedazos.

GAR. Entonze, ¿qué paza?

GALL. Que vale cuarenta duros el cachito de imán.

GAR. Pero ezo zerá pa otra vez, que ezte me lo llevo yo en quince.

GALL. (Intentando buenamente quitárselo.) En cuarenta, en cuarenta.

GAR. No, zeñó, ezte ya en quince.

LUISA (Desde dentro.) Gallardo.

GAR. Ozú, doña Luiza; me voy.

GALL. Venga el pedazo. (Grita.) Voy.

GAR. Ya hablaremo. (Va corriendo hacia la puerta; al llegar ve que viene Marta y retrocede asustado.) Dioz mío e mi arma, la zeñita Marta. ¿Ande me meto yo? (Va a la cueva.) A la cueva.

GALL. No, a la cueva, no.

GAR. ¿Poz ande m'azcondo yo? Que me mata.

GALL. Ahí, bajo la mesa.

(Se esconde y Gallardo le tapa con su cuerpo. MARTA que entra dirigiendo miradas a la calle.)

ESCENA VIII

GARRIDO, GALLARDO y MARTA; después LUISA

MARTA Me ha seguido, Gallardo, me ha seguido un policía.

GALL. ¿Joven?

MARTA Sí.

GALL. ¿Alto?

MARTA Sí.

GALL. Alfredito.

MARTA ¿Cómo?

GALL. El que me persigue a mí.

LUISA (Sale con una falda de bayeta roja de la mesa donde está escondido Garrido. Tiene dos agujeros grandes. Habla desde dentro.) ¿Quién se entretendrá en cortar pedazos de la bayeta de la camilla?

GALL. (Aparte.) La muleta del Gallo.

MARTA ¿Y tú sospechas?

GAR. (Dando pellizcos a Gallardo en las piernas.) Tápeme ozté, tápeme ozté.

LUISA De nadie, hija de nadie. Esto es cosa de duendes y de aparecidos.

GALL. ¿A ver? (Tapa la mesa.)
MARTA ¿Usted se explica esto?
GALL. Misterioso.
MARTA Esto es obra de una mano oculta, una mano perversa, una mano repugnante.
GAR. (Poniendo el pedazo y comprobando.) Mardita zea tu mano. Cuarquié día va tú a vé los cuarenta duro.
LUISA No me cabe duda. Esto es cosa de brujas.
MARTA ¿Y cómo podríamos saber?
GALL. Preguntándoselo a ellas.
LUISA (Asustada.) ¿A las brujas?
GALL. A las brujas, a los espíritus.
MARTA ¿Pero usted sabe?
GAR. (Asoma la cabeza por el boquete.) ¿Qué hace ezte sinvergonzón?
(Hace movimientos de sugestionador.)
GALL. (Coge a Luisa de las manos.) Tú eres un medium... muy chico... no... (La suelta.) eres un medium chico. (Coge a Marta.) Tú sí que eres un buen medium... transfórmate... ven aquí... ponte en medium. (Con los brazos en alto.) Medium, yo os saludo.
GAR. (Asomando por uno de los agujeros de la bayeta.) Ha zalío a zaluá a los medios.
GALL. Espíritu de Garrido... habla...
(Con voz quejumbrosa, alargando mucho la última sílaba.)
GAR. De zeguía ví yo a hablá, pa que ze enteren que eztoy aquí.
MARTA No responde.
GALL. (Dándole una patada.) ¿No respondes?
GAR. ¡Ay, mi mare!
LUISA (Asustada.) Ha dicho, ¡ay, su mare!
MARTA (A Gallardo.) Siga usted preguntando que veamos cómo es su espíritu.
LUISA Yo me muero de miedo.
GALL. ¿Por qué no me respondes?
GAR. Porque me estoy atufando, (Con voz apagada y misteriosa.) Que me den una copa.
(Al oirle hablar Marta y Luisa, asustadas tiran una botella que hay en el mostrador.)
GALL. Es el espíritu divino. Espíritu de Garrido, ¿estás aquí?
GAR. No...
GALL. (Dándole otra patada.) ¿Cómo que no?

GAR. Zí, zí que lo eztoy.

MARTA (Sacando un revólver.) ¿Dónde, que lo mato?

GAR. (Escondiendose más.) Dios mío e mi arma.

GALL. Yo te veo... sí... te veo.

GAR. Me veo y no me veo.

MARTA (Siguiendo a Gallardo que al decir «te veo», recorre la escena como persiguiendo una sombra.) ¿Dónde, dónde está, que lo escabecho?

GALL. Dentro de aquella lata... sobre aquél saco... tras el mostrador.

LUISA Que se vaya ese espíritu Gallardo, que se vaya o me muero del susto.

MARTA No, Gallardo. Que me traigan el espíritu de Garrido que quiero vengarme.

GAR. Como ze le antoje echá una firmita, me jace peazo.

GALL. Garridooo...

GAR. ¿Qué quiere, zinvergüenza?

GALL. (Dándole una patada.) ¿Zinvergüenza?

GAR. Lo que usté quiera.

GALL. Quiero los cuarenta duros.

GAR. Pos que te los dé tu agüela.

GALL. Marta.

MARTA ¿Qué hay que hacer? (Siempre con el revólver.)

GALL. Mueva el brasero, que entre las cenizas está. (Ella no se decide.) Eche una firmita.

GAR. Que no firme.

GALL. Dame los cuarenta duros o me llevo la bayeta.

GAR. ¿Por dónde?

GALL. Por aquí.

GAR. Ahí van. (Saca la mano por el roto y le alarga unos duros en el pañuelo. Gallardo no los alcanza desde donde está.) Alarga más el periscopio. (Tampoco los alcanzo.) Tíralos al suelo. (Los tira. Ellas se asustan horriblemente y gritan.) Quietas, no griteis... que lo echo... que lo voy a echar... Vete, Garrido... vete... llévatelo todo... la mesa... la bayeta... todo... (Garrido va hacia la puerta llevándose la mesa o la bayeta solamente, mientras ellas retroceden.) menos los cuarenta duros... Adiós... adiós... (Mutis de Garrido.) ¿Qué dices?... ¿Que me vaya a preparar la bomba?... Voy... voy... voy. (Mutis llevándose los duros y los clavos.)

(Toda esta escena ha de ser de mucha acción, muy

movida, para dar relieve y sensación cómica. Todo lo que habla Gallardo, lo hace en tono de misterio, como si hablara con un espíritu, pero con un fondo de burla que es el matiz de la escena.)

ESCENA IX

DICHOS menos GARRIDO

LUISA Hija, yo estoy atemorizada. Este hombre...

MARTA Por Dios, mamá.

LUISA Sí, hija. Este hombre es el espíritu del mal. Tiene razón tu padre. Desde que entró en casa todo se ha cambiado. Vamos por muy mal camino.

MARTA Vamos por el camino del éxito. Triunfaremos; el mundo será nuestro; la bomba nos redimirá.

LUISA No, hija, no. La bomba será nuestra perdición. Nos detendrán, iremos a la cárcel, se quedará aquí tu padre solo en esta casa, muerto de pena; echaremos un borrón en su apellido. ¿No vacilas, hija?

MARTA (Dudosa.) Eres tan pesimista... Pero ya no hay más remedio; no podemos retroceder.

LUISA ¿Y si este hombre, como dice tu padre, fuera un farsante?

MARTA Entonces, mamá, caería sobre él toda la la culpa.

GALL. (Con la bomba, pintada de verde, cogida por las dos asas y la mecha colgando.) Ya está. (A Luisa.) Recién pintada. Tenga usted.

LUISA ¡Ay! (No la coge.)

GALL. Tenga usted mientras yo abro la caja.

MARTA Sí, mamá, tenla. (Luisa la coge.)

GALL. (Abre la caja de caudales. A Luisa.) Venga usted. (Al ver que Luisa acerca la olla al cuerpo.) Cuidado. (Ellas se asustan. En tono natural.) Cuidado con la pintura.

LUISA Es que no puedo andar.

MARTA Anda, mamá, anda.

LUISA Es que la voy a dejar caer.

GALL. Usted sabe que si la deja caer perecemos en fragmentos claveteados.

MARTA No la dejes caer, mamá.

GALL. Si la tira usted volamos.
LUISA Es que estoy alicortada.
GALL. A pesar de todo, volamos.
MARTA Ea, acabemos de una vez. (La llevan a la caja y la guardan.)
GALL. Ajajá.
LUISA ¡Ay, qué peso me he quitado de encima!
GALL. Un kilo.
LUISA Y estoy sudando.
GALL. El kilo. Ahora mucha discreción, que si la policia nos sorprende, estamos perdidos.

ESCENA X

DICHOS, INSPECTOR, AGENTES, luego MARCO

INS. (Con bastón de borlas, seguido de dos Agentes; todos de paisano.) Buenos días. (Gallardo se sienta en la Caja.)
MARTA ¿Qué desea?
INS. Ver al dueño del establecimiento.
MARTA Marco, (Llamando.) que te buscan.
MARCO ¿Quién?
MARTA Este señor.
MARCO Usted dirá.
INS. Soy inspector de Policía.
MARCO (Asustado.) ¿Usted?
INS. Yo, sí; y dos agentes míos.
MARCO ¿Y qué desean?
INS. ¿Está a sus órdenes un sujeto llamado Pepe Gallardo, alias «A ver si va a poder ser»?
GALL. (Aparte.) Me he caído con alias y todo.
MARCO Salvo el alias, que desconocía, sí hay aquí un sujeto de ese nombre y apellido.
INS. Pues en busca de él venimos.
MARCO ¿De Gallardo? (Decidido.) Sí, hombre; a Gallardo se lo llevan ustedes cuanto antes mejor, y yo contentísimo. (Llamando.) Gallardo...
LUISA Ves, hija, lo que yo te decía.
MARTA Nos han delatado.
INS. (A los Agentes.) Ustedes en las puertas y que no salga nadie.
AGEN. 1.º Está bien. (Vanse cada uno a una puerta y quédanse fuera sin que se les vea desde escena.)

MARCO — Pero, ¿y Gallardo?

GALL. — (Haciéndose el desentendido. Aparte.) Serenidad. (Sale.) ¿Me llamaba usted, mi querido don Marco?

MARCO — Este es.

INS. — Basta. (A Gallardo.) Se le señala a usted como anarquista de acción.

GALL. — (Respinga y mira a Luisa y Marta que le hacen gestos.) ¿Yo? ¿Anarquista yo? Vamos, señor Inspector... En clase de autoridad es usted de lo más chirigotero. (Le amaga con el cordón del batin.)

INS. — Anarquista, repito, y se sabe que es usted en España el agente del sufragismo y que prepara un atentado.

GALL. — ¿Que yo...? ¡Ja... ja... ja!...

MARTA — (A Luisa.) Estamos descubiertas.

LUISA — (A Marta.) Nosotras negamos.

MARCO — ¿Pero cómo se ha atrevido usted en mi casa?

GALL. — ¿Que preparo yo?... ¿Que atentado yo?... ¡Ja... ja... ja!... (Mira a las mujeres con insistencia.)

INS. — Sí, usted, usted.

MARTA — (A Marta.) Nosotras le echamos a él toda la culpa.

MARTA — Quizás nos conviniera.

GALL. — Es usted la jocosidad con bastón de mando, distinguido inspector.

INS. — Basta de disimulo. Queda usted detenido.

GALL. — Eso sí que no. Yo tengo testigos de que soy inocente. Don Marco, doña Luisa, Martita.

MARCO — Yo no, yo no...

GALL. — Usted bien, pero ustedes...

LUISA — (Dudosa.) Nosotras...

MARTA — Eso es, nosotras...

GALL. — ¡Ah! ¿sí? ¿Solo? ¿Me dejais solo?... Señor Inspector, pido la palabra. Oigame usted, señor Inspector, y no pierda una sílaba de cuanto voy a decirle.

INS. — Hable usted.

LUISA — Le advierto a usted, señor Inspector, que nosotras ignoramos todo, absolutamente todo.

GALL. — ¿Cómo? ¿Cómo? (Aparte.) ¿Cómo me escapo yo? (Alto.) ¿Cómo que ignoran ustedes todo?

MARCO — Aquí nunca se ha hecho nada más que vender.. cuando se vendía.

GALL. ¿Sí? Pues bien, señor Inspector, aquí sepa usted que aquí... (Aparte.) ¿Qué digo yo?

INS. ¿Dónde?

GALL. Aquí, en esta casa, se fragua un complot. (Aparte.) Yo me juego el todo por el todo. (Pausa cómica por no saber qué decir.) Y para llevarlo a cabo, ha llegado esta mañana un inglés, que es el que en unión de estas señoras son los verdaderos culpables.

LUISA Falso.

MARCO Eso no es cierto.

INS. Calma. ¿Y ese inglés?

GALL. Ese inglés se lo entrego yo a usted si usted me garantiza mi seguridad.

LUISA Embustero.

MARCO Y tú, ¿qué dices, hija?

MARTA Que no es cierto.

INS. Ahora lo veremos. Garantizo su seguridad.

GALL. Sí, porque ese hombre terrible, ¿sabe usted?, figurándose que soy su delator, se arrojará sobre mí, me amenazará, me la jurará, me dirá que se la tengo que pagar. En fin, las cosas de los ingleses.

INS. ¿Dónde está ese inglés? (Saca una pistola.)

GALL. En la cueva.

MARTA Falso, señor Inspector, falso.

INS. Abra usted la cueva que yo le garantizo dejar en el sitio a ese foragido al menor movimiento. (Al decir esto acciona apuntando a Gallardo que hace muecas de miedo.)

GALL. Accione usted con la otra mano, hombre. (Le sujeta la mano en que tiene la pistola. Alto y levantando la tapa.) Cuidado que va a salir. Apunte usted bien; lo mejor será que le mate usted sin interrogarle. (Levanta la tapa lentamente. Hay expectación en todos y cuando la ha levantado queda el Inspector a la puerta de la cueva y Gallardo retrocede lentamente.) Caray, no sale.

MARCO No hay nadie.

INS. (A Gallardo.) No decía usted...

GALL. Se habrá humedecido.

MARTA ¿Lo ve usted, señor Inspector? Es un impostor.

INS. (Dirigiéndose a la puerta.) A ver, mi gente. (Los agentes sujetan a Gallardo.)

GALL. (Forcejeando.) Soltarme, hombre, soltarme.

INS. Es usted un miserable. No hay nadie. (Todos están de espaldas a la cueva, y por ella asoma PEPE, que da un garrotazo en el suèlo y un susto morrocotudo a todos, qne se vuelven mientras él se esconde rápidamente. Gallardo forcejea más sin conseguir marcharse.)

GALL. Que sí, que está un inglés que me va a matar.

INS. Esto ya es intolerable. (A un agente.) A ver qué hay ahí. (El agente se asoma con cuidado y mira.)

MART. Yo no veo nada.

GALL. ¿Y ahora, y ahora? (Asoma un sombrero hongo que se va elevando poco a poco y al fin se le ve colocado sobre el garrote.)

TODOS ¡Oooh!

INS. ¿Quién impulsa ese hongo?

GALL. Un palásan de pino.

INS. (Dirigiéndose a la cueva.) Salid; daos preso.

PEPE (Saliendo.) ¿Cómo preso? (Al ver al Inspector.) ¡Don Valentín!...

INS. ¡Pepe! (Se vuelven todos atónitos a Gallardo.) ¿Quiere usted explicar qué es esto?

GALL. (Que se le viene el mundo encima.) ¡Renueve!

PEPE Esto es una encerrona de este sinvergüenza, que me la va a pagar.

GALL. ¿Ve usted? Lo que yo decía. (Pepe va hacia él.)

MARCO Llevénselo, llevénselo y que no volvamos a verlo más.

INS. (A los agentes.) A ver, atar a este hombre y al Juzgado con él. (Lo atan.)

GALL. Señor Inspector, que no me pongan grillos, que los grillos me han molestado siempre mucho.

INS. Ponedle unas esposas.

MART. ¿Cuántas, señor Inspector?

INS. Dos.

GALL. Dios mío, a mi edad con dos esposas...

TODOS A la cárcel, a la cárcel.

GALL. Yo lo explicaré todo. Un poco de calma.

TODOS Nada, a la cárcel.

INS. Silencio. (Se hace silencio.) A la cárcél.

GALL. Dejadme hablar un momento. Sólo un momento.

INS. ¿Qué dice usted?

GALL. ¿Que qué dice usted? ¿Que qué digo yo?...

¡Que qué digo yo! ¡Ah,ya está! Señores y señoras, es decir, señoras y señores. Voy a confesar. Ante la autoridad, ante la familia, hija, mádre, padre, voy a confesar. Aquí hay una bomba.

INS. ¿Acabará usted de decir nuevos embustes?

GALL. He dicho que ahí hay una bomba y esta es la única verdad de mi vida. (Mentira.) Fíjese usted en las caras de esas mujeres.

MARCO Llevéselo usted, señor Inspector, llevéselo usted, que no me voy a poder contener y...

TODOS A la cárcel, que se lo lleven... (Gallardo saca la bomba, la pone sobre la mesa, enciende el mechero y prende fuego a la mecha.)

GALL. Pues bien; que se me lleven.

LUISA Por Dios, Marco.

MARTA Que apaguen eso, que volamos.

GALL. Vamos, pronto, que se me lleven. Prefiero la cárcel a perecer hecho tachuelas.

MARCO Esto no es posible. (Va hacia la bomba.)

MARTA (Le contiene.) No, papá, no.

LUISA (Idem.) No, Marco, no,

INS. Vamos.

MARTA No, que no se lo lleven.

LUISA Que apaguen antes.

GALL. Pronto, que se me lleven pronto.

MARCO (Enérgico.) No, de aquí no sale nadie sin que se apague la bomba. O me salvo con la tienda, o perecemos todos. (Se pone ante la puerta.)

GALL. Que me lleven pronto.

INS. Vamos. Paso.

MARCO He dicho que no. O la tienda o perecemos todos.

TODOS Que no se lo lleven. Que se consume, que se consume.

INS. Martínez. ¡Apague usted la bomba!

MART. ¡Agua!

INS. ¡Vamos, Martínez! ¿Duda usted?

MART. No, señor, no; no dudo. Estoy decidido; no la apago. (Con miedo.)

INS. ¿Cómo se entiende? Ya le arreglaré yo a usted, López.

LÓPEZ Que tengo ocho hijos, señor Inspector. (Con mucho miedo.)

LUISA Sólo usted, Gallardo, puede salvarnos.

GALL. Sea. Una vez más seré generoso. Esto esta-

llará probablemente en mis manos, y yo pereceré, sí, pereceré por salvar a usted y a su familia, y a su tienda.

MARCO Acabe. Se lo ruego.

GALL. Mañana la prensa traerá una fotografía de mi persona en fragmentos claveteados, cuando las víctimas debieran ser ustedes.

INS. Convencidos, pero dese prisa, haga el favor.

GALL. Y os salvareis todos, todos. Tú también, Pepe. Tú, que seguirás sirviendo lentamente tus riñones y tus sesos, y tus...

PEPE Gracias, señor Gallardo, pero sálvenos usted pronto.

GALL. Sí, señores, sí, pronto. Me voy, me inmolo.

LUISA Pronto, por lo que usted más quiera. Mire usted cómo está esto.

GALL. Esto está que arde. Pero estais salvados. No temais. Estais salvados. (En la puerta y con énfasis.) Ved las paradojas de la vida. Antes de dos minutos podíais estar hechos harinas... y salvados.

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Precio: 1,50 pesetas